

Enrique Molina

BATUZ

La Puerta La Pareja

## I

## La Puerta

He aquí la Puerta, piedra y sueño,  
da paso al centro de la tierra,  
al ombligo del fuego, de la sal, del paleolítico  
de la conciencia.

Y allí la áspera grieta,  
la incisión viva, la resquebrajadura de los enigmas.  
Es la boca, la herida misteriosa que comunica el día  
y el mundo del abismo,  
¿y qué insondable reino hay detrás de la Puerta?  
estremecimientos de amor entre la geología,  
socavones de minas hacia el oro central del planeta.

La gran Puerta de dólmenes:  
una hoja de hierro, la otra de espumas,  
una color de amanecer en el mar,  
la otra de tempestad coagulada,  
una de sangre seca de bisonte de Altamira,  
la otra de arenales donde sueña el desierto.

Sólo vemos la Puerta de este lado donde tiemblan follajes  
en la luz del verano,  
donde hay labios seductores, adioses y besos,  
tras ella abre su imperio la noche de la piedra,  
terror y desamparo desde donde la savia sube hacia el ansioso  
corazón del hombre.

Restos de troncos incendiados, de hormiguero deshecho,  
pradera de caparzones de tortuga, derrumbes  
y floraciones,  
piedras roídas por la catarata, musgos,

tapicerías de la primavera, metales del océano  
son la Puerta,  
invocaciones del chaman tras un cerco de cañas o cortezas,  
con los gestos iniciales del mundo.

## II

### La Pareja

He aquí bodas de vegetaciones y plumas,  
de piel de caimán y tersuras de hierba,  
la Pareja de amantes siempre antípodas  
-unidos sin alcanzarse jamás-  
cada uno con la ley de su destino y su ritmo  
indomable,  
y siempre entre ellos la fractura, el filo del relámpago,  
la comisura de fuego o de abismo que los separa  
para fundirlos en el horizonte.

He aquí la Pareja gigantesca, cuerpos  
que se aman y muerden, atraídos para desgarrarse,  
degarrándose para unirse,  
imantados y antípodas como todos los cuerpos del amor.  
Este es el golpe del pedernal, la fogata en la noche,  
la pareja desnuda hasta el vértigo del instinto en las  
entrañas de la tierra.

Espectáculo hipnótico, como todo ritual del sexo,  
dos olas que confluyen y a la vez se dividen,  
cuerpos de polen, de arcilla, calcáreos, húmedos, de  
erosiones y sequías,  
de esplendor y de resplandores,  
de extensiones de malezas iluminadas por la luna,  
de textura de juncales entretejidos,  
con brillos de laguna, de cardumen de algas,  
color plaza de toros o techumbre de paja quemada por  
el sol,

de polvareda de grandes invasiones con una reminiscencia  
de crines de caballo o arneses sudados,  
ese amarillo que no es amarillo de Nápoles o de otoño  
sino de rostros nómades de la estepa y tiendas de hordas  
en viaje.

Y las sinfonías del tacto, lo áspero y lo sedoso,  
lo pulido por la intemperie, lo que el viento y la sal  
ha labrado,  
lo seductor y lo salvaje, travesías de médanos,  
la cascara de una fruta o la rudeza recién hachada de la  
leña,  
textura de cabellera que se irisa,  
de chapa oxidada de viejo barco en un muelle donde sólo  
hay calor y unos palos sacudidos por la resaca,  
de tablones carcomidos o blandas extensiones marinas,  
todo cuanto se insinúa y arde y se entrelaza invocado por  
esos cuerpos en la corriente.

Tales substancias  
se suceden con el asombro perpetuo del paraíso,  
aparecen y desaparecen atrapadas por la magia,  
testimonios de la pasión de vivir,  
homenajes a la materia y a la visión de los pájaros en  
vuelo,  
al aliento indescifrable del mundo.

---

*Enrique Molina*

---

Buenos Aires,  
10/IV/1987